

# En este pueblo no hay ladrones



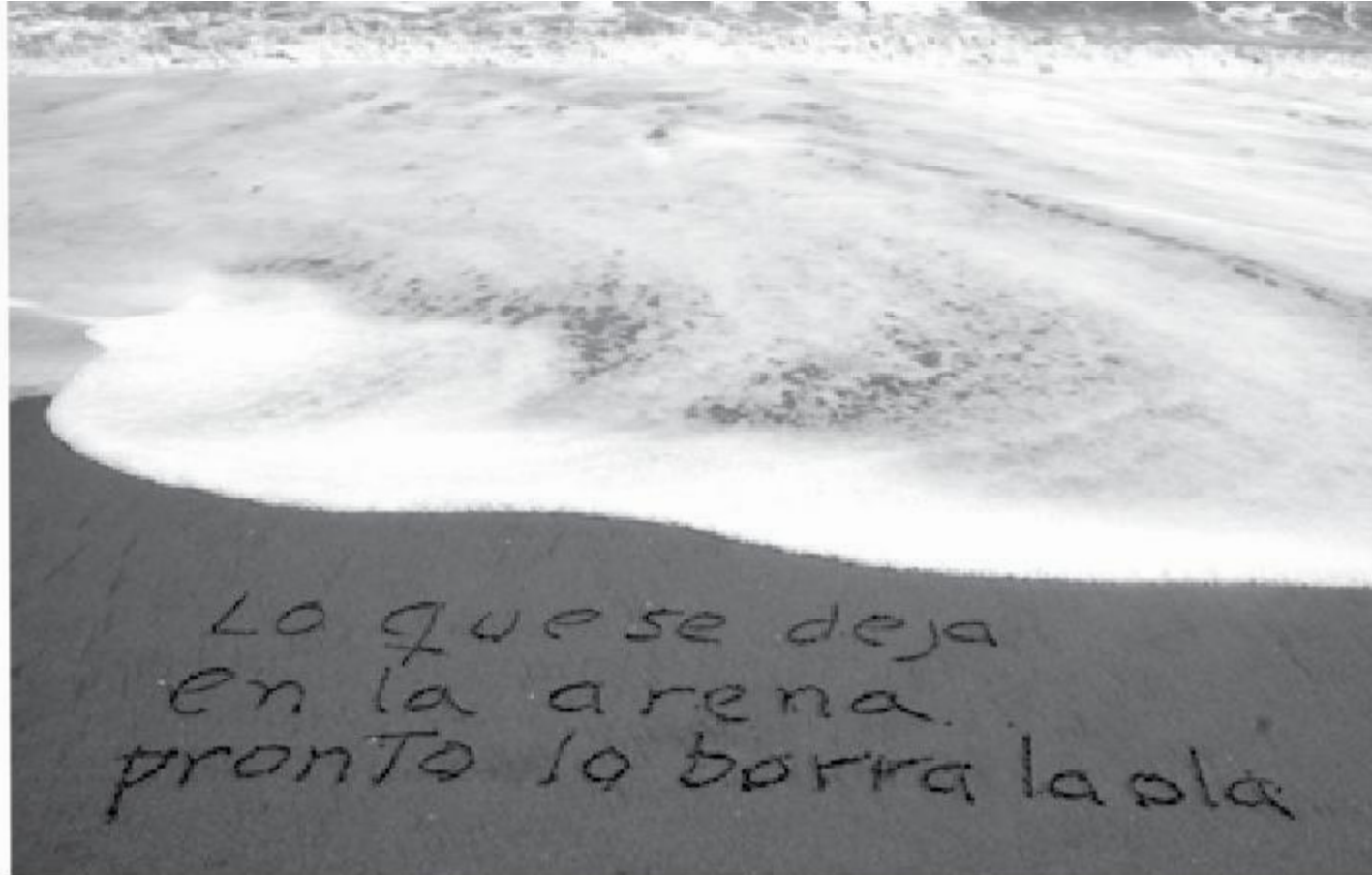
Santiago de Cao es, con toda probabilidad, el pueblo más extraño de La Libertad: en sus dominios no hay ladrones. La gente deja las puertas de sus casas abiertas a todas horas, la soledad reina en sus calles y todo parece arrancado de las páginas de un libro de Juan Rulfo.

Escribe  
Alberto Alarcón Olaya



**H**ace unos días, Vania y yo estuvimos en Santiago de Cao. A lo largo del camino, ya fuera de la ciudad de Trujillo, sólo se ven tupidos cañaverales. La tierra es amarillada, el cielo quieto y el aire huele a melaza. Llegamos a eso de las diez de la mañana. El día estaba soleado y caluroso. En la recoleta placita del pueblo, nadie, ni siquiera un anciano en duermevela, a la sombra de su rotonda. Los árboles estaban quietos y unas pocas avocetillas revoloteaban en sus ramas. La iglesia es grande, muy antigua, con un par de campanas coloniales y un típico mojinete de color mostaza y blanco. En todo el pueblo se respira un aire de gran soledad. Las dos o tres calles a la vista parecían las de un pueblo devastado. Apenas uno que otro viandante. Se presentía, sin embargo, la proximidad del mar: A un lento ciclista que pasaba por allí le preguntamos por él. Señalando hacia el oeste nos dijo: «Si se van por aquí llegan a la Playa El Charco, pueden irse a pie». A Santiago de Cao le calzan perfectamente los versos que Juan Luis Velásquez escribió alguna vez para Piura: «¡Qué soledad sin soledad siquiera!». Soledad





reverberante y ligera, para nosotros dos, acostumbrados a conversar con los árboles, a huir de la gente y a mirar las variantes de la luna en la inmensidad de la noche.

Fuimos a tomar desayuno en una fonda sin nombre. Café pasado y un "misho" frito, con sarsa de cebolla y yuca sancochada, todo muy agradable. El día parecía una naranja inmóvil. Entramos a la Municipalidad para dejar unos documentos. El silencio de las calles se repetía en las oficinas. Los empleados semejaban los personajes de un Macondo redivivo o los espectrales habitantes de una nueva Comala. En el segundo piso, nos atendió don Juan Lavado, un funcionario simpático y locuaz, que nos dio algunos datos del pueblo: en la iglesia están sepultados los tres primeros sacerdotes de la Villa, y puede verse al curioso Cristo de los Cuatro Clavos. Las campanas datan de 1646 y el patrón del pueblo es Santiago el Apóstol, cuya fiesta se celebra en el mes de julio. Los pájaros más conocidos son el tordo, los petirrojos, los canarios y los binchines. Y de las flores, el clavel y los geranios. "Sin embargo, lo más destacable— nos dijo —es que en este pueblo no hay ladrones, usted puede dejar su puerta abierta y salir sin preocupaciones". Lo habíamos comprobado. Aquí, las casas se ventilan solas, ajenas a los temores de la

### «LA SOLEDAD DEL BREVE SENDERO LA INTERRUMPEN SÓLO EL SILBO DE LOS TORDOS Y LA FEBRIL ACTIVIDAD DE UN PEQUEÑO GRUPO DE CAÑEROS LLENANDO LA TOLVA DE UN CAMIÓN.»

ciudad. La honradez y la hospitalidad de sus habitantes son proverbiales. «Quien puede darles mayor información es el profesor César Castillo, director del Colegio Manuel Arévalo, que está a sólo dos cuadras de aquí», nos dijo sonriente mientras nos extendía su tarjeta personal.

Allá fuimos. Alguien nos abrió la puerta del colegio y entramos. Un grupo de estudiantes jugueteaba en un descampado. El director no estaba. En su oficina, sólo encontramos a un taciturno profesor arrancando lánguidos acordes a una guitarra. Nos dirigió una mirada neutra y continuó tocando. A los pocos minutos, el director llegó. Nos saludó como si nos conociera de toda la vida y de inmediato se dispuso a brindarnos información sobre el pueblo. Detrás de él, en lo alto de la pared, una vieja fotografía del mártir Manuel Arévalo lo presidía todo. Le preguntamos por éste, y como respuesta sacó de una de las gavetas de su escritorio el opúsculo *Vida y obra del luchador social Manuel Arévalo/ Cuentos y leyendas de Santiago de Cao* que nos obsequió muy generosamente. «Este librito fue el resultado de un concurso escolar que convocamos en 1986, las ganadoras fueron dos alumnas, Yolanda Gamboa Gabel y Janet Paz Castillo, aquí van a encontrar datos sobre Manuel Arévalo y el pueblo». El profesor Castillo es iqueño, de agradable trato y sonrisa abierta. «Vine muy joven —nos dijo entrecerrando los ojos—, ahora soy un santiaguero más. Sí, así como suena: santiaguero, ese es el gentilicio, para diferenciarnos de los de Santiago de Chucó, que como todo el mundo sabe son santiaguinos». «También nos dicen 'santiagueros pata salada', tal vez por la cercanía al mar y nuestra actividad como pescadores», acotó con una sonrisa. Por él supimos que, aparte de El Charco, existe otro balneario llamado Tres Palos, ambos





potencialmente turísticos; y que el suco, el tramboyo, el cherno y el cangrejo son las especies marinas más conocidas del lugar. Volvió a recordarnos, con un timbre de orgullo, la honradez de los santiagueros, y la pujanza de sus muchachos que, una vez terminado el colegio, se profesionalizan en las universidades e institutos de Trujillo. Nos despedimos.

De inmediato tomamos un mototaxi rumbo a El Charco. Cuatro soles, ida y vuelta. La soledad del breve sendero la interrumpen sólo el silbo de los tordos y la febril actividad de un pequeño grupo de cañeros llenando la tolva de un camión. Una que otra casuchita de barro y junto a ella un borrico tarascando su porción de alfalfa. Después de unos minutos: el paisaje abierto del mar, el cielo limpio, las ruinas de los viejos ranchos de enea, las bandadas de gaviotas y el aire puro en ráfagas constantes. Sólo encontramos un restaurante abierto. Los otros abren ocasionalmente los fines de semana. Todo lo demás se compone de unas casonas muy antiguas abandonadas y de algunas reconstruidas, pero sin habitantes. Vamos

a una capilla solitaria, ahíta de musgo húmedo y ferroso, y tomamos unas fotos a su campanario inútil y a su cruz tum-bada. El Charco se anima en el verano. Ahora ha comenzado el invierno, y uno tiene la sensación de haber resucitado en un lugar fantasma. Avanzamos hacia la playa y entonces se nos revela el nombre del balneario: entre las casas y la orilla, la marea de las noches deposita un largo charco que empantana la arena y hace difícil el acceso. Ciénagas y albuferas. Pajonales salinos. Vadeamos. La playa es de tierra húmeda, pero se puede caminar y echarse sobre ella. Con una pluma de gaviota escribo unos versos míos para ver cómo los borra el oleaje. Los playeritos blancos pescan raudos y la soledad del mar abierto es realmente impresionante. A lo lejos se ve el cerro que da a los totorales de Huanchaco. Por esta zona, se proyecta una futura carretera que ya tiene nombre: la Costanera. Unirá el balneario trujillano con el santiaguero en sólo pocos minutos. De retorno, mientras el aire se suaviza con el sol de la tarde, nos sentamos en una de las mesitas del

restaurante y yantamos un cebiche de buena ley, acompañado de unos vasos de cerveza. Solos, nosotros dos y las dos mujeres que atienden el negocio. El silencio es grandioso. Me acuerdo entonces de los monacales versos de Fray Luis de León «Qué descansada vida/ la que huye del mundanal ruido...». Llega el mototaxi y nos embarcamos de regreso.

Antes de llegar a Santiago de Cao, nos detenemos en una casa de barro que anuncia la venta de "chancaquitas", una golosina deliciosa hecha con caña de azúcar. Mientras compramos, Vania me toma una foto conversando con un borrico que padece tranquilamente cerca de allí. Esta vez viene a mi memoria la tierna imagen de Platero y las gloriosas palabras que lo inventaron. Llegamos al pueblo comiendo chancaquitas. Comiendo chancaquitas nos trepamos al bus de los García que nos trajo de regreso a Trujillo. Saboreando chancaquitas escribo esta crónica nostálgica con ganas de volver todas las veces que pueda a ese Macondo tan placentero y hospitalario que se llama Santiago de Cao.●